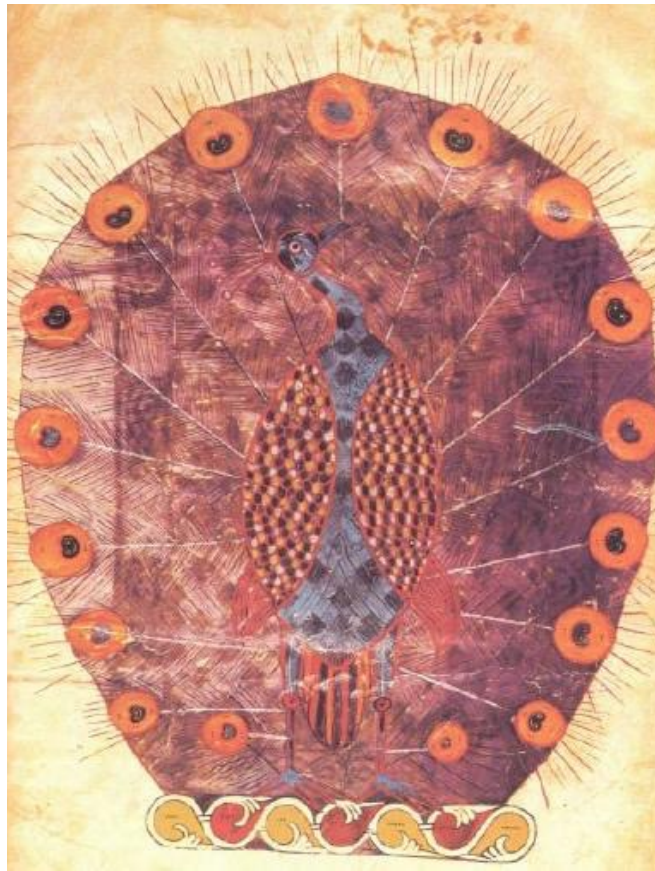


La brillante piedra de la sabiduría

Sabiduría del Misterio en la Leyenda del Grial

En metahistory.org

El psicólogo suizo C. G. Jung (1875-1961) fue, casi sin ayuda de nadie, responsable del renacimiento moderno del interés por la alquimia. (Jung fue “despertado” hacia la alquimia por su paciente, protegida y amante, Sabina Spielrein que, hasta hace poco, había sido eliminada de la historia). Jung y todos los que lo siguieron creían que la alquimia occidental se originó con el trabajo de Zósimo, un místico alejandrino de Panópolis (una ciudad del delta egipcio). Las pruebas textuales de Zósimo datan del siglo III, pero los eruditos están de acuerdo con que las raíces del arte son mucho más antiguas, retrocediendo a las escuelas secretas de los Misterios egipcios.



Pavo alquímico, asociado con la *cauda pavonis*,
“la cola del pavo”, la etapa final de la Gran Obra.

La obra de Jung sobre la alquimia fue complementada por *La Leyenda del Grial*, escrita por su esposa, Emma Jung, y su íntima colega, Marie-Louise von Franz. Las autoras argumentan que

los múltiples atributos maravillosos del Grial, que lo clasifican como ‘un tesoro difícil de conseguir’, y su analogía con la Piedra alquímica, que en Wolfram solo llega hasta la identificación, justifican que sea considerado *como símbolo del Ser*. (p. 155-6)

Pero esta justificación solo tiene sentido dentro del sistema tautológico de la teoría junguiana “en la que el subconsciente se explica a sí mismo” (p. 142). Para Wolfram von Eschenbach y aquellos de su tiempo, el Grial no fue un símbolo del Ser u otra cosa. Era un objeto mágico y misterioso de algún tipo, un *numen* descrito en la mitología precristiana de origen celta e irlandés. Un comentario francés sobre la Leyenda del Grial, el “Elucidation” dice:

*C'est del Graal dont nus ne doit
Le secré dire ne conter.*

Esto tiene que ver con el Grial, de cuyo misterio
nadie puede hablar o contar.

Este lenguaje me recuerda a unos versos del himno homérico a Deméter, que se refieren al secreto de los Misterios eleusinos:

Ella les enseñó el ministerio de sus ritos,
Y les reveló sus bellos Misterios,
Que no se pueden infringir, espiar o revelar,
Pues tan grande es el respeto sagrado ante los Dioses que enmudece.

Una aura de secreto similar a la de los Misterios recorría el Grial, que planteaba la pregunta: ¿Había sido el Grial revelado a los antiguos iniciados antes de que la Leyenda del Grial tomara forma y antes de que la alquimia apareciera en Occidente?

Un significativo tiro casi en el blanco

Cualquiera que profundice en los estudios del Grial encontrará un único libro muy influyente: *From Ritual to Romance* de Jessie L. Weston. Como ya he señalado, este libro (publicado en 1920) apareció en el famoso poema modernista *The Wasteland* de T. S. Eliot. Ávidamente debatido por Eliot y otros literatos de su tiempo, y que luego apareció en el material de lectura del trastornado coronel Kurtz representado por Marlon Brando en *Apocalypse Now*, *From Ritual to Romance*, afirma que la Búsqueda del Grial derivó de los antiguos Misterios paganos. Weston fue bastante explícita con la tesis central. En la introducción ella escribió: “Ahora podemos probar mediante los textos impresos que existen paralelismos entre todas y cada una de las características de la historia del Grial y el simbolismo registrado en los cultos del Misterio”.

Esa frase puede que sea el mejor tiro casi en el blanco de la erudición moderna sobre los Misterios. Pero un tiro próximo al blanco puede también ser algo próximo a un éxito. Weston hizo lo correcto cuando rastreó la Leyenda del Grial en los “cultos del Misterio”, pero se equivocó en su opinión de lo que transpiraba en aquellos cultos. Los eruditos señalan que había dos niveles en los Misterios, el popular y el de élite. Esto es evidente en la tradición eleusina de la celebración de los Misterios menores en la primavera y los Misterios mayores en otoño. Los primeros eran populares y presentaban ritos de renovación estacional e inmersión extática en la naturaleza para el público general. Los últimos implicaban prácticas de élite con el *kykeon*, la infusión enteogénica que inducía la percepción de “una maravillosa luz”. Cuando los Misterios decayeron, los ritos fueron confundidos (o subvertidos) y el *kykeon* pasó a usarse como libación recreativa (como se ve en el caso del joven y carismático amigo de Sócrates, Alcibíades, uno de las pocas personas que han sido acusadas de profanar los Misterios).

En algún otro lugar he argumentado que nadie que carezca de la experiencia directa mística equivalente a la iniciación en los Misterios está cualificado para hacer comentarios de forma responsable sobre temas tan esotéricos. Apparentemente, Weston no tenía tal experiencia. De hecho, como muchos otros eruditos, fracasó en hacer una clara distinción entre los ritos populares y de élite. Ella asumía que los Misterios paganos implicaban “ritos de fertilidad”. Correcto, pero casi da en el blanco porque no tiene en cuenta que los ritos de élite no tenían nada que ver con la fertilidad. Este punto es tan importante que dedicaré unos minutos a aclararlo con más detalle.

Crismación

En el modelo arcaico del investidura real en el antiguo Oriente Próximo, el candidato masculino experimentaba una iniciación sexual con una mujer que representaba a una u otra Diosa identificada con la Tierra. Por ejemplo, la Diosa asirio-babilónica Ishtar (la sumeria Inanna) y su amante humano Tammuz (el sumerio Dumuzi), el rey pastor. En este rito, la sacerdotisa representaba a Ishtar y Tammuz no era un hombre en particular, una persona histórica, sino el nombre ritual del candidato que se convertiría en rey. La maestría del hombre en la caza y su fuerza como guerrero se medían por su capacidad para entregarse y hacerse completamente vulnerable a los placeres proporcionados por el cuerpo femenino. La gente de aquella época sabía que el placer nos hace débiles, tan débil como cuando se está de rodillas ante un buen encuentro sexual. Sin embargo, que el candidato a rey aceptara ser débil no se consideraba como señal de debilidad. Más bien, se tomaba como evidencia de su capacidad de dar y recibir ternura –prueba de su compasión–. Los candidatos reales tenían que pasar la prueba de la ternura para demostrar que tenían cualidades “femeninas” que equilibraran su potencia masculina y templaran su lujuria masculina con la que tratan a otros con prepotencia.

Estos sagrados ritos conyugales dirigidos por los cultos a la Diosa se llevaban a cabo en privado, por supuesto, pero se reflejaban en celebraciones públicas donde se representaba al rey emparejándose con la tierra para asegurar la fertilidad de ésta. En la imaginación popular, los “ritos de fertilidad” de la teocracia parecían ser un medio de magia favorable que aseguraba los ciclos de la naturaleza, pero no tenían nada que ver con la fertilidad *humana*. El papel del hombre ungido nunca fue impregnar a la mujer ungida –de hecho, esto habría resultado ser una abominación, un sacrilegio contra la Diosa–. Las sacerdotisas ungidoras siempre eran vírgenes o viragos –palabras derivadas de la raíz indoeuropea *vir-*, “fuerza heroica”, también base de la palabra virilidad. En su origen, virgen (griego *parthenos*) se refería, no a una mujer que nunca había tenido relaciones sexuales, sino una mujer que no procreaba. Su *útero* era virginal porque no concebía, no porque no copulara. (La preocupación con el himen intacto es síntoma de las sociedades patriarcales donde las mujeres son consideradas propiedad y/o reproductora).

En el nivel más profundo, en el santuario interno de los Misterios, la iniciación conyugal era un rito tántrico de empoderamiento en el que una adepta femenina en yoga kundalini iniciaba a un hombre que obtenía poderes paranormales. (Ver [She Who Anoints](#)). El rito popular ocultaba otro significado más profundo y, con ese significado, aún había otro. Como la mayoría de los eruditos, Weston se quedó con la primera capa del significado. Pensó que la iniciación en los Misterios era una ritualización de los primitivos rituales de fertilidad que, a su vez, vinieron a ser reflejados en los dos motivos dominantes de la Leyenda del Grial: la Lanza sangrante (símbolo fálico) y el Grial (vagina o símbolo del útero). Como principal erudito artúrico, Loomis señala: “La fascinante teoría de la señorita Weston del culto del misterio perdido, transmitido por los mercaderes orientales desde el Mediterráneo a Gran Bretaña y de los ritos de iniciación secretos llevados a cabo en épocas remotas, es desacreditada por la ausencia de tal culto en la cantidad de testimonios medievales sobre la herejía” (*The Grail - From Celtic Myth to Christian Symbol*, p. 49)– y, yo añadiría, por la similar carencia de pruebas de ninguna palabrería sobre la lanza y el cáliz en el Próximo Oriente o Egipto.

La mayoría de los eruditos rechazan la tesis de *From Ritual to Romance*, sin embargo perpetúan una deducción engañosa relacionada con el tiro casi en el blanco de Weston: el rito de unguimiento de la teocracia era una representación externa y popular de lo que los iniciados experimentaban en el santuario interno de los Misterios. Esta interpretación toca a la teoría enteogénica de la religión, que afirma que los iniciados paganos experimentaban estados alterados por el uso de pociones sagradas como la poción de cebada fermentada (*kykeon*) de Eleusis. Esto es un hecho que puede ser sostenido con pruebas. Se ha argumentado que la iniciación enteogénica proporcionaba la base para unguir a los reyes sagrados en un ejercicio ritual, que se repetía ante la mirada del mundo lo que los iluminados experimentaban en el *telesterion*: la cámara interior de iniciación. Esto es una deducción y no es más que una deducción. No hay pruebas que corroboren que los iniciados hicieran tal cosa.

Esta deducción es otro tiro casi en el blanco, un fantasma que se aproxima más a la diana que Weston. En primer lugar, reconoce la verdadera naturaleza de los ritos secretos enteogénicos practicados en Eleusis y en otros lugares. Este reconocimiento profundiza más que la tan aceptada teoría de los antiguos ritos de fertilidad con relación a la realeza sagrada, pero todavía no va al núcleo de la experiencia del Misterio. Timothy Freke y Peter Gandy (*The Jesus Mysteries*) afirman que la iniciación proporcionaba el modelo para la realeza sagrada, sin mencionar ni una palabra relacionada con las prácticas enteogénicas. Carl Ruck (*The Apples of Apollo*) hace una declaración similar y menciona el factor enteogénico. En ambos casos, estos ilustrados eruditos confundieron los ritos de investidura de la realeza sagrada con la experiencia de iniciación mística, o interpretan esos ritos como una expresión exotérica y una extensión de tal experiencia. En esta refundición de sabiduría enteogénica con la religión judeocristiana, Ruck escribe:

Iesous era el nombre del héroe místico Iason (Jasón), pues Iason recibió su nombre para la crismación o unguimiento ceremonial que lo convirtió en chamán. En la tradición hebrea, el Mesías es el nombre del “ungido”, que en griego se llama Christos... El ritual de la crismación se había convertido en una validación de la autoridad de los reyes y profetas; pero el unguento de la unción originariamente confería su poder a través del enteógeno que hacía que los que lo recibían se hicieran cosustanciales con la planta sagrada de su chamanismo. (*The Apples of Apollo*, p. 146-7)

En otras palabras, el reinado sagrado “originariamente” implicaba la iniciación enteogénica del candidato real a manos de sacerdotes-chamanes que administraban un sacramento psicoactivo. No existen pruebas de que la teocracia se originara con tales ritos, y deducir que así fue es, mantengo yo, un grave error. Las refundiciones de este tipo son particularmente desviadas porque da la impresión de que hay, o hubo originariamente, algún tipo de rito enteogénico chamánico válido tras la realeza sagrada e incluso tras Jesús, el Christos. De igual modo, Freke y Gandy abogan por un tipo de apología pagana en el que confieren valor a los Misterios paganos, pues los consideran la “verdadera base” de las enseñanzas de Jesús y el Cristianismo. En otras palabras, los Misterios fueron un medio para conseguir un fin. Y puesto que el fin era bueno, podemos asumir que el medio también lo fue. En este enfoque, el Paganismo (independientemente de lo que fuera) se hace aceptable porque proporciona la base para el Cristianismo.

Vale, pero el problema aquí es que no lo fue. El Cristianismo robó cosas del Paganismo –el bebé del pesebre, por ejemplo, era una versión infantil del pastor sumerio Tammuz– y cooptaron los ritos mitraicos para inventar los sacramentos, pero su ética e ideología provenían de otra parte. La base histórica del Cristianismo se halla en el culto Zaddikim del Mar Muerto. Desde la época del patriarca Samuel, toda la comunidad judía fue impulsada hacia políticas teocráticas por las maquinaciones de los Zaddikim, cuya obsesión con el mesías culminó en el Cristo de San Pablo. El mesías es el “ungido”, *christos* en griego, palabra formada por el verbo *echrisa*, “ungir”. En las teocracias del antiguo Próximo Oriente y la tradición judeocristiana por igual, la unción era el ritual clave de investidura, central para todo el constructor ideológico del poder divino, pero no existe rastro alguno de evidencia de que la religión pagana en Europa, el norte de África y el Levante siguiera esa costumbre.

El chamanismo enteogénico de los Misterios nunca fue usado para establecer y legitimar ni el gobierno patriarcal ni la religión patriarcal. Los ritos telésticos no eran un medio para un fin político mundano. La iniciación no tenía nada que ver con la investidura, excepto con la investidura de conocimiento, si es que se me permite decir eso. No tuvo nada que ver con juegos de poder político seculares como se ve en la coronación pública de los teócratas en el antiguo Próximo Oriente y Palestina. Ningún adepto genuino y incorrupto de los Misterios habría consentido conferir un poder de iniciación a una figura política o patriarcal. Y ninguna ceremonia que confiriera tal poder podría haber reflejado lo que ocurría en el tercer y más profundo nivel de iniciación.

Un secreto distorsionado

Para evitar una mayor digresión, dejaré este tema por ahora, pero volveré a las interpretaciones engañosas de la investidura teocrática más adelante en Mythbusting 101. La claridad en este asunto es esencial para confrontarnos y vencer a la Mentira Paternal y su actual resurgimiento en la teocracia global apoyada por terroristas. Por ahora, volvamos a las “tres corrientes” del Grial y retomemos el tema de esta lección: “La Piedra de los Sabios”.

Como expliqué en la Lección Tres, una de las corrientes define la dirección de la ilustración social, siguiendo el modelo de Lohengrin. Esta corriente puede ser rastreada desde el siglo X hasta el humanismo del Renacimiento en el siglo XV. El humanismo fue una mundana expresión, orientada socialmente, de la generosidad de la nobleza medieval que servía al Grial.

Las dos otras corrientes proceden de la consecución del Grial por parte de Parsifal en el 968 d. C. El encuentro directo con el *numen* supremo de la magia indígena es profundamente místico y no encuentra expresión alguna en la vida social, sino en tendencias ocultas anti-sociales, en el esoterismo, la contracultura y los movimientos clandestinos de un carácter críptico y de culto. Como se ha señalado, estas dos corrientes ocultas conforman profundamente el argumento de la historia alternativa. Operan tras los telones a lo largo de la Edad Media, pero surgieron en tiempos mucho más remotos. A diferencia de la iniciativa occidental del altruismo social y la filantropía representada en Lohengrin, estas dos otras corrientes tienen una proveniencia antigua en los Misterios pre-cristianos.

La corriente que da origen a la alquimia occidental está estrechamente relacionada con el tercer y más profundo nivel de la iniciación. Tras los populares ritos estacionales-sexuales, e incluso tras los deliciosos ritos tántricos de apareamiento sagrado, existía una experiencia ritual suprema: la instrucción mediante la Luz. La alquimia preservó un recuerdo vestigial de esta experiencia, pero no el antiguo método para transmitir la experiencia misma. En otras palabras, con el final de la red de los Misterios en toda la Europa pagana y el Próximo Oriente, se trastocó la *continuidad del acceso* a la Luz Orgánica. La experiencia de iniciación suprema se hizo inconsistente e incoherente, casi un asunto del azar –que puede explicar el extraño motivo asociado al Castillo del Grial, esto es, que “ningún caballero que lo buscara encontraría ese lugar a menos que el azar lo condujera allí” (La prosa *Tristan*, citada por Loomis, *The Grail - From Celtic Myth to Christian Symbol*, p. 206)–. Incluso cuando el Grial era revelado, los testigos no podían distinguir lo que era porque no tenían el marco guía de los Misterios para ayudarlos. Desde el siglo IV en adelante, la instrucción mediante la Luz se hizo precaria y aleatoria.

El problema con la alquimia, que todos los que la exploran lo conocen bien, para su completa exasperación, es su desalentadora y a menudo impenetrable oscuridad. Una y otra vez, los alquimistas aluden a algo que ellos tienen el privilegio de conocer sin decir exactamente lo que es. Hacen esto porque no saben de qué se trata. Sin duda, esto es lo que ocurrió en esos ejemplos –y eso pasaría con *casi todos* los ejemplos que atestiguan los materiales que se conservan– donde los alquimistas parecen estar tratando lo que saben, cuando de hecho no entienden en esencia lo que están intentando ocultar.

Es como si yo os contara un secreto de una forma distorsionada y os pidiera que mantuvierais el secreto. Intentando honrar el voto, haríais lo posible para ocultar el secreto sin saber de hecho de qué se trataba de una manera precisa.

Wolfram dice que el Grial es una piedra y los alquimistas generalmente usaron ese término para referirse al máximo secreto del “Arte”. El diccionario alquímico de Dom Pernety (siglo XVIII, Francia) aporta más de 600 definiciones de la Piedra. Bien, ahí lo tenéis. Lo sorprendente es que todas ellas son correctas en algún sentido. Pero ninguna es válida para el acceso sin mediación a la experiencia de la Piedra.

*Quant ele fu laiens entree a tot le graal qu'ele tint,
Un si grans clartez i vint...*

Así aparecen en *Perceval* de Chretien de Troies, 3224-5, en pareados de versos octosilábicos en francés medieval. En lenguaje llano, “Mientras entraba en la sal, el Grial que ella sostenía lanzaba un resplandor tan grande y claro...” *Esto* está escrito desde el acceso no mediado a la experiencia de la Piedra. En el Rey Arturo y el Grial (la mejor introducción), Richard Cavendish escribe:

El Grial claramente no es ningún objeto ordinario. Está rodeado de misterio; es sagrado y emana una luz resplandeciente (p. 137)... El Grial en *Parsifal* no está adecuadamente explicado cuando nos dicen que es un símbolo de la humildad [teoría de R. S. Loomis, la Eminencia Gris de los estudios artúricos. JLL]. Es más parecido a la Piedra Filosofal de la alquimia, que es un objeto misterioso de un tamaño gigante y una cualidad espiritual. Se creía que la Piedra Filosofal convertía todo lo que tocaba en oro, que curaba todas las enfermedades y confería vida eterna y juventud a su poseedor. También representó la condición espiritual “de oro”, la mayor y más excelsa condición que era el estado de unión con Dios o virtualmente ser Dios.

Como el héroe del Grial, el alquimista trazó su propio camino a la salvación independientemente de la Iglesia y, en consecuencia, desconfía. La alquimia atrajo la atención por vez primera en Europa Occidental en el siglo XII y Parsifal fue escrito a comienzos del siglo XIII (p- 161).

Yo diría que Chretien preserva un genuino testimonio directo de la experiencia de los Misterios, pero “resplandeciente” es una palabra demasiado fuerte. La Luz Orgánica es suave y substancial, se parece más que nada a algo así como el malvavisco luminoso. Cavendish hace la conexión entre el Grial y la Piedra de los Sabios, pero le asocia una deducción teológica poco apropiada. El estado de perfección asociado a *contemplar* el Grial –pues nadie lo podría tener– puede ser interpretado como “unión con Dios o virtualmente ser Dios”, pero esta explicación abre la vieja trampa de la deificación, que no era el objetivo de los Misterios, aunque la inflación (por usar un término de Jung) fue sin duda un riesgo de la iniciación. Jung dijo que esa identificación del ser con Dios –en términos místicos, unión con la Naturaleza Divina– era y siempre es la comprensión espiritual suprema de la psique humana, pero se corre el riesgo de la inflación del ego. Yo argumentaría que la igualación Dios-Ser no es más que inflación del ego, se mire como se mire.

La luz de la sabiduría

Los teletai paganos no buscaban convertirse en Dios, aunque la iniciación los hacía de alguna manera parecidos a Dios porque llegaban a conocer el mundo como Dios lo conoce. O para ser más precisos, como la Diosa lo conoce. Como explico en [Un manojo de trigo cortado](#), ellos alcanzaban a Su Mente.

Cavendish se acerca bastante a una intuición como la revelación corpórea de la Diosa: “tanto si la luz sale del mismo Grial o de la doncella que lo porta, eso no está del todo claro” (p. 137). Pero ni él ni cualquier otro autor que escribe sobre el Grial identifica directamente su luminosidad con una presencia femenina divina. Cuando al Grial se lo asocia con una “Presencia Divina” se asume que es Dios, o Cristo, debido al espeso filtro de cristianización que ha caído sobre la leyenda. Sin embargo, todo el material arcaico y relativo al folclore que confirma la leyenda del Grial señala a la Gran Diosa, no al Dios Padre, o a su único Hijo. En las fuentes irlandesas y galesas de la Leyenda, el Grial era el caldero mágico de la diosa del inframundo Keridwen, o Erui-Erin, identificada con la región de Irlanda (origen de los niveles arcaicos del material sobre el Grial). Para la antigua imaginación participativa, el cambio de la diosa que protege el caldero a la diosa entendida como caldero habría sido natural y fluido.

En su ensayo, “Sophia, Compañera de la Búsqueda”, la erudita del Grial y renovadora del Misterio, Caitlin Matthews hace la importante observación de que la Búsqueda del Grial “conciene más a la tierra que a las glorias del reinado”, (*At the Table of the Grail*, p. 116. Este comentario es coherente con la digresión anterior). Para expresar todo esto en términos gaianos, la Búsqueda conciene a la Tierra y a los poderes del planeta vivo, más que a ritos paternales de empoderamiento. Matthews se esfuerza bastante por resolver el secreto distorsionado. Comentando sobre el emblema de la paloma de los miembros del Grial, dice:

La paloma siempre ha sido el símbolo de la compasión divina. Era un ave sagrada para la Diosa y pasó a la panoplia de la Shekinah donde simbolizaba el Espíritu Santo de Dios. En el Cristianismo, el dudoso género del Espíritu Santo ha sido oscurecido al atribuirle el símbolo de la paloma: la promesa de la máxima salvación, la perfecta morada de Dios... Sin embargo, el Espíritu Santo se entiende teológicamente hoy en día que debe su origen a ser parte de la Feminidad Divina: la Maternidad sagrada de Dios. En este laberinto de simbolismo, Cristo ha asumido los atributos de la Sabiduría (Ibid., p.123)

Dicho de otra manera, los atributos de Sophia. Para los adeptos de los Misterios paganos, la fuente del “resplandor tan grande y claro” no era ni un Dios masculino ni su descendencia, Cristo, sino la Divina Sophia. En lugar de la divinidad manifestada en carne y hueso en Jesucristo –un dogma teológico que los gnósticos setianos rechazaron como por estar desviado– ellos experimentaban la “Presencia Divina” en presencia de la misma Tierra, en la Diosa que se revela a sí misma como un humilde planeta. En *Parsifal* y otras leyendas artúricas relacionadas con el Grial, la espantosa bruja Cundrie (la dama orgullosa) anuncia la misión del héroe, y se la identifica enigmáticamente con la Doncella del Grial. En la sabiduría popular irlandesa más temprana, un hada parecida a Cundrie es la primera en ofrecer el Grial y plantear la pregunta de prueba, como explico en [Gaia and Gnosis, One](#) donde analizamos el cuento irlandés titulado *Prophetic Ecstasy of the Phantom*. La “bruja” representa a la naturaleza, o la forma natural de la Diosa. Su cuerpo planetario.

La brillante Piedra de la Sabiduría es el cuerpo sobrenatural de SOPHIA.



Muchos grabados alquímicos y rosacruces tardíos representan a Sophia como la Señora Alquimia, la Señora Naturaleza, o simplemente la Virgen, a quien gráficamente se identifica con la Tierra. Ella nutre a la infante humanidad en *Lac Virginis*, Leche de la Virgen –una metáfora de la Luz Orgánica–. (Emblema II en *Atalanta Fugiens* de Michael Maier, 1618. *Nutrix ejus terra est*: “La Tierra es su enfermera”).

La comparación de la Luz Orgánica con la *leche* es generalizada, no solo en los Arcanos europeos sino también en toda la mitología mundial. En cualquier obra clásica de mitología comparativa, *Myths od Pre-Columbian America*, Donald A. Mackenzie dedica todo un capítulo a “La Diosa de la Leche y su Caldero”, citando docenas de ejemplos de una diosa blanca asociada con el “elixir lácteo” de los sagrados árboles y

plantas que producen leche. En muchas culturas antiguas de todo el mundo, la orientación religiosa primordial del chamanismo enteogénico ha dado acceso a la Luz Orgánica, pero en los Misterios el acceso *se preservaba sistemáticamente* para la transmisión a través de las generaciones mediante células organizadas que consistían en dieciséis miembros, ocho hombres y ocho mujeres. Cuando este sistema fue destruido, el supremo encuentro místico continuó de una forma errática.

La literatura del Grial se basó en la arcaica mitología irlandesa (como R. S. Loomis ha demostrado, de manera extensa) que, en muchos aspectos, refleja la experiencia chamánica de la Luz Orgánica

entre los bardos y videntes de la isla Esmeralda. La literatura alquímica refleja la mentalidad ambivalente de personas que ni tenían los Misterios para guiarlos, ni la tradición chamánica antigua con las plantas psicoactivas para dirigirlos a la presencia de la Luz Orgánica, pero no obstante se sintieron de vez en cuando inspirados y profundamente desconcertados por una vaga intuición de que existía la Luz misteriosa, y se podía acceder a ella directamente, dadas las condiciones adecuadas.

El testimonio directo de la iniciación en los Misterios paganos ha sido preservado en el llamado fragmento de Temistio: “El alma a punto de morir tiene la misma experiencia que aquellos que han sido iniciados en los Misterios. Uno se siente impactado por una maravillosa luz”. En el material Nag Hammadi, los textos de revelación como el *Discurso del Octavo y el Noveno* (CNH VI, 6) da fe de esta experiencia y aporta pruebas inconfundibles de que los iniciados recibían conocimiento directamente de la Luz Divina. En ese texto, el hierofante declara: “¡Regocijaros con esta revelación! Pues ya desde el Pléroma [la naturaleza Divina] viene el poder que es la Luz, que fluye sobre nosotros. ¡Pues la veo! Veo la indescriptible profundidad” (57.25-30).

La misteriosa Luz perdida de los Misterios era la piedra de la Sabiduría, el resplandor del Grial.

He propuesto el término “Luz Orgánica” para denominar el suave brillo blanco del *cuero substancial primario* de la Diosa de la sabiduría, para diferenciarlo de su *cuero planetario*, que consiste en los elementos de la atmósfera y el globo terrestre. En los Misterios paganos, se prohibió describir a esta Luz de una manera tan explícita o divulgar que los iniciados recibían instrucción directamente de ella. Ese es el voto de secreto que permaneció intacto durante miles de años –pero algunos votos están destinados a ser rotos, al final, para que el secreto que esconden pueda sobrevivir–. Todos los que hicieron el voto sabían que en algún momento del futuro se rompería, pero el poder de esa revelación futura dependía de que se respetara el voto en primera instancia. Simplemente no estaba hecho para durar para siempre.

La Luz Orgánica, la Luz Divina, Luz del Misterio, Luz Sobrenatural –son algunos de los nombres de la Piedra de los Sabios, la sustancia luminosa que confiere un conocimiento íntimo de la Diosa–. A esta lista podemos añadir la Luz de la Sabiduría, la epifanía de Sophia. El acceso a esta Luz fue el secreto que protegieron los alquimistas, sin saber clara y explícitamente cómo conseguir y mantener ese acceso. Pero algunos alquimista sí que lo supieron. En *Parsifal* hay evidencias de un conocimiento directo de la experiencia de la iluminación sofíánica. Wolfram incluso ofrece una versión distorsionada del origen de la Piedra del Grial: es la *lapsit exillis* que cayó de la corona de Lucifer cuando cayó del cielo. Este motivo recuerda a la caída de la Diosa Sophia del Pléroma. Ella es la suprema figura luciferina, la portadora de luz divina.

Místicos atmosféricos

En sus voluminosos escritos, los alquimistas a menudo dan la impresión de estar buscando algo que está delante de sus narices, aunque no pueden verlo. La Luz del Misterio era, podríamos decir, tan clara como la gnosis que tenían delante, pero aún así se les escapó. A Wilhelm Reich le gustaba citar una línea de Goethe:

¿Qué es lo más duro?
Aquello que parece más fácil:
Para que tus ojos vean
Eso que está ante ellos.



Sin el beneficio de ser guiado a la Luz Orgánica, los alquimistas examinaron la luz natural para encontrar signos de actividad sobrenatural. Su escrutinio ha debido de ser extraordinario porque les permitió percibir las operaciones íntimas de la naturaleza. Detectaron el oxígeno y el nitrógeno en la atmósfera antes de que estos elementos pudieran ser observados con instrumentos y cuantificados en lenguaje químico. Al oxígeno lo llamaron *Prima materia*, Primera Materia porque todo lo que vive materialmente, incluso los minerales, reacciona a él antes que a nada. Hoy sabemos que el oxígeno es un gas altamente reactivo e inestable. El constante nivel de oxígeno atmosférico al 20 % es una anomalía de la Tierra que posibilita la vida. Esta observación es esencial para entender la

homeostasis terrestre en la teoría de Gaia y, de hecho, condujo a la creación de la teoría.

“La Piedra es proyectada sobre la Tierra, y ensalza las montañas, y mora en el aire, y se vierte en el río...” Así es el comentario del Emblema XXXVI (imagen anterior) en *Atalanta Fugiens* de Michael Maier, uno de los textos alquímicos más influyentes del siglo XVII. Los cubos en el camino, el agua y en el aire sugieren cómo la misteriosa Piedra, aunque está presente en todas partes, se oculta en los elementos de la naturaleza: tierra, agua, aire. (Su relación con el fuego es más compleja y oscura). Las evidencias del conocimiento de la física atmosférica no predominan en los escritos alquímicos, pero está ahí sin embargo.

La teoría de Gaia depende de nuestro conocimiento del conjunto de los gases atmosféricos, definidos y medidos en términos modernos, según los avances en la química desde el siglo XVII. Pero en el momento en que surgió la química moderna –señalado por el establecimiento de la Academia de Cimento en Florencia en 1667– los alquimistas europeos estaban en el proceso de entregar sus conocimientos a los científicos en ciernes que ni entendieron ni respetaron el arte secreto del que fue heredera su ciencia materialista.



Johann Baptiste Helmont (1577-1644) no solo fue un prominente químico del siglo XVII, sino que también era un consumado alquimista, uno de los pocos que dijo públicamente que había “conseguido la Piedra”. Von Helmont (a la izquierda) descubrió el gas atmosférico dióxido de carbono, que es exhalado por los humanos y absorbido por las plantas para ser convertido en oxígeno. Lo llamó *gas sylvestre* en referencia al Árbol Alquímico, un símbolo primario del Arte. ¿Hizo Von Helmont esta correcta asociación por azar, o de alguna manera sabía que los árboles absorben el dióxido de carbono? Él determinó la presencia y la acción del dióxido de carbono en la atmósfera antes de que fuera detectado y medido con instrumentos. ¿Pero cómo?

El nitrógeno, que compone la atmósfera casi en un 80%, también fue descubierto por los alquimistas. Lo llamaron Azoth. Junto con el oxígeno, nosotros inhalamos nitrógeno en cada respiración, pero como es un “gas inerte”, normalmente no lo sentimos. Es

posible, sin embargo, ser somáticamente conscientes de estar respirando nitrógeno atmosférico. El efecto es algo parecido a un ligero delirio, comparable al efecto del óxido de nitrógeno, el “gas de la risa”. Los hongos psicoactivos pueden causar en las personas que los ingieren un vértigo y una risa cómica. Se sabe que las propiedades de esas plantas derivan de su rara química nitrogenada, haciendo que sean excepcionales entre los millones de especies de plantas de la Tierra.

En 1988, escribiendo en el Anthroposophical Journal *The Golden Blade*, propuse que algunos alquimistas europeos eran “místicos atmosféricos” que tenían “una extraña clarividencia *infrasensorial* de los elementos naturales”. Con *infrasensorial* me refería a que eran capaces de percibir lo que ocurría dentro de sus sentidos y, mediante el enaltecimiento de la conciencia sensorial, conseguían un genuino conocimiento objetivo de los procesos naturales. Goethe, que se basó profundamente en la tradición alquímica, llamó a la facultad *infrasensorial* *auschauende Urteilskraft*, “el perpetuo poder del pensamiento”. Él indudablemente experimentó aquello de lo que hablaba, pues fue capaz de hacer descubrimientos verificables en la morfología de las plantas y los animales, y en la óptica. Goethe determinó que en el estado exaltado de pensamiento sobre lo que uno observa *se funde con los procesos que operan en lo que es observado*. Cuando el pensamiento y la percepción cooperan de esta manera no hay necesidad de hacer modelos mentales o pensar de una manera abstracta sobre el fenómeno. En *Goethe the Scientist*, Rudolf Steiner aptamente definió este método: “No resume lo que se observa; produce lo que es observado”. En su lúcido estudio sobre el método de Goethe, *The Wholeness of Nature*, Henri Bortfort llama a este método percepción *intensiva*.



León Verde comiéndose al Sol. *Rosarium Philosophicum*.

La afirmación de que los alquimistas percibían de una manera intensiva y, por lo tanto, adquirirían un conocimiento legítimo de los procesos naturales puede ser fácilmente descartada por aquellos que se quejan de que traslado todas estas tonterías a material esotérico. Bueno, quizás. Pero existen tradiciones paralelas que proporcionan pruebas que corroboran que la percepción intensiva no es una ilusión. Tomad como ejemplo las prácticas yóguicas en Asia. Definir la alquimia como un sofisticado yoga de la mente y los sentidos es quizás demasiado, pero varios eruditos han hecho la conexión entre la alquimia y el yoga. En *The Alchemical Body*, David Gordon White desarrolla muchos paralelismos entre el yoga asiático y la alquimia occidental, y demuestra que la “transmisión

oral de la gnosis alquímica” (p. 149) fue considerable, abarcando Oriente y Occidente. En su clásico sobre el gran yogui tibetano Milarepa, W. Y. Evans-Wentz escribió:

Milarepa fue capacitado para sostener la vida, aunque no sin sufrimiento, a la que él era yóguicamente indiferente, en el gélido clima del alto Himalaya, con simple y escasa comida, en virtud del indómito control de su cuerpo físico y, bastante a menudo, con ningún otro sustento corporal que aquel derivado, mediante procesos de tipo osmótico, del aire y el agua y la luz del sol, similares al proceso mediante el cual una planta produce la clorofila (p. xii).

La referencia a la fotosíntesis es sorprendente. En la literatura de la alquimia recibida encontramos la imagen del León Verde que se come al Sol. El León Verde es un cándido símbolo que indica cómo la luz del Sol convierte la clorofila y así proporciona energía vital en forma de plantas comestibles. Esta extraña imagen representa el poder y el producto de la conversión fotosintética. Es posible que los alquimistas que crearon esta imagen se alimentaran osmóticamente de la atmósfera, como se sabía que Milarepa podía hacer. (Los que lo hacen hoy en día, y viven sin alimento animal o vegetal, se llaman respiracionistas). Es totalmente concebible que los adeptos que tenían una percepción intensiva de la naturaleza también aplicaran esa facultad a sus propios procesos mentales, fisiológicos y metabólicos. Muchas leyendas asociadas a los alquimistas sugieren que alcanzaron una condición similar a la de Milarepa y otros adeptos asiáticos, videntes de la naturaleza que controlan sus propias fuerzas vitales. El folclore europeo informa de que algunos alquimistas vivían con medios de lo más modesto, y se nutrían mínimamente, como los aquejados reyes del Grial que se nutrían de una sola fina oblea blanca servida en el Grial.

La fotosíntesis sucede. Sentaos bajo un árbol y observad si podéis ver cómo. Luego intentad imaginar cómo cualquier persona podría hacer tal observación sin la ayuda de instrumentos. La realidad es que participamos de la fotosíntesis orgánica y metabólicamente, sin saber que lo hacemos o cómo lo hacemos. Esta participación se puede hacer consciente mediante el instrumento que los alquimistas denominaban *artifex*, y que yo llamo *cuerpo imaginal*. Imaginaos lo que está sucediendo en vuestro cuerpo, como la circulación de la sangre, usando una imagen y luego meditáis sobre esa imagen hasta que experimentáis lo que está de hecho sucediendo dentro de vosotros. El artifex, no el alquimista, consigue la Gran Obra. El cuerpo imaginal nos capacita para participar en lo que imaginaos inicialmente, *si podemos imaginarlo con suficiente profundidad y devoción*. Todo lo que nos sucede de manera natural y sin saberlo, lo podemos hacer con la naturaleza con pleno conocimiento.

El secreto del Arte es pasar mediante la técnica imaginal (el *artifex*) de la fase de estar inconscientemente insertado en la naturaleza a participar conscientemente con ella, es decir, coevolucionar. Éste es también uno de los objetivos principales de los Misterios cuyos adeptos estaban dedicados a la Diosa de la Sabiduría encarnada en la Tierra: Sophia.

Lux Naturae, Lumen Naturae

El registro de la alquimia occidental contiene mucha basura y poco oro preciado. Sin embargo, cuando lo encontramos resulta ser genuino, el Arte refleja la experiencia de los místicos atmosféricos que usaban la percepción *intensiva* para buscar en el mundo natural la presencia del Grial, la piedra de la Sabiduría. En unos pocos casos, los alquimistas trabajaron desde la experiencia directa de la Luz Orgánica. En la mayoría de los casos, sin embargo, no fueron adeptos iluminados sino devotos de la naturaleza que vagamente sentían la sabiduría viva de la Tierra y querían aprender sobre ella, si no de ella. Con la destrucción de la red milenaria de los Misterios, se perdió el método largamente comprobado de la instrucción mediante la Luz, pero se rompió la continuidad del método. Los alquimistas que perseguían la Gran Obra tuvieron que basarse en el proceso impredecible de la autoiniciación.

Paracelso distinguió dos tipos de luz: *lux naturae* y *lumen naturae*. La primera es la luz atmosférica natural. En una observación que los científicos ignoran por su cuenta y riesgo, Wilhelm Reich se percató de que la luz natural no viene del sol sino que proviene de un efecto *local* de la atmósfera. Uno podría incluso decir que la luz fluye de la parte habitable de la atmósfera terrestre es un *efecto fotoquímico* del aire libre. Esa luz atmosférica que opera bioquímicamente es, por supuesto, un hecho de la ciencia moderna, pero la ciencia niega la habilidad para participar conscientemente en los procesos fotobioquímicos. La *lux naturae* fue el medio principal para el misticismo atmosférico. La Gran Obra se realizaba en el *vas hermeticum*, la envoltura planetaria.

El *lumen naturae* era la Piedra del Grial, el Elixir. No la luz atmosférica sino la suave luminosidad blanca del cuerpo substancial primario de la Diosa. El objeto de la Búsqueda del Grial era el acceso a la Luz Orgánica como las generaciones de iniciados han hecho en los Misterios, pero puesto que muchas de las personas que emprendieron la búsqueda no sabía lo que estaban buscando, y no tenían a nadie que los guiara, el elemento de fantasía aparecía en la Búsqueda. Los alquimistas adoptaron el mismo objetivo que los buscadores del Santo Grial, pero lo hicieron en un entorno completamente diferente: no en la naturaleza salvaje o en un campo de batallas o en la mesa del rey, sino en sus laboratorios y sótanos. Buscando profundizar en los secretos de la naturaleza, la Iglesia los consideró herejes que actuaban en connivencia con los espíritus malvados que se creía que vivificaban al mundo natural. Solo la mitad sabían lo que hacían, y la mayoría de ellos tenían que esconderse para evitar las persecuciones por herejía.

La alquimia europea fue en gran medida un caótico ejercicio de fantasía, experimentos quiméricos y excéntrica especulación metafísica. Debido al estrecho vínculo entre la Búsqueda del Grial y la Gran Obra, muchos motivos y símbolos de un género aparecieron en el otro. La *cauda pavonis* o cola del pavo real representa la “iluminación psicodélica” que se conseguía al final de la Obra. Con la epifanía de la Luz Orgánica, todos los colores de la naturaleza se ven de manera diferente. Los objetos parecen no ser nada más que manchas palpables en la Piedra Blanca, como las acuarelas en el yeso o como las suaves manchas de cristal de colores incrustadas en el alabastro. La visión de la *cauda pavonis* recuerda al verso de Shelley de *Adonais*, “Life, like a dome of many-colored glass / Stains the white radiance of Eternity” (La vida cual cristalino domo de colores / mancha y quiebra la blanca Eternidad).

El alborotado sombrero de fieltro del rey Pescador exhibía el ornado plumaje del pavo real.

jll: 22 de abril, 2006, Flandes.

Usted es libre de:

- copiar y distribuir el material en cualquier medio o formato
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento — debe dar crédito adecuado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Usted puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero de ninguna manera que sugiera que el licenciador lo respalda a usted o apoya el uso que hace de su obra.

No comercial — usted no puede utilizar el material para fines comerciales.

Compartir bajo la misma licencia — si usted altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada de ésta, deben distribuir la obra generada bajo la misma licencia que la original.

[Licencia Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

Equipo de traducción:

- ◆ *Rocío Gómez*
- ◆ *Javier Martínez*



